

Saki (H. H. Munro)

Alpiste para codornices

Cuentos

Selección, traducción, notas y epílogo
de Arturo Agüero Herranz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y la edición: Arturo Agüero Herranz, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-8805-3
Depósito legal: M. 4.848-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	La reticencia de Lady Anne
15	Gabriel-Ernest
26	Tobermory
39	El tigre de Mrs. Packletide
46	El soporte
52	La cura de inquietud
63	Sredni Vashtar
71	La paz de Mowsle Barton
82	El <i>Brogue</i>
91	La ventana abierta
97	El buey engordado
106	El narrador de cuentos
115	El trastero
124	Los intrusos
133	Alpiste para codornices
144	Las siete jarras de crema
153	La imagen del alma perdida
157	Epílogo del traductor

La reticencia de Lady Anne¹

Egbert pasó al vasto salón, apenas iluminado, con el aire de un hombre que ignora si está entrando a un palomar o a una fábrica de bombas, y se halla listo para cualquier eventualidad de ambas. La pequeña disputa doméstica, mantenida sobre la mesa del almuerzo, no había alcanzado un final preciso, y la cuestión era hasta qué punto a Lady Anne le apetecería reanudar o cesar las hostilidades. Su postura en la butaca, junto a la mesa del té, resultaba más bien elaboradamente rígida; en la oscuridad de una tarde de diciembre, los quevedos no le proporcionaban a Egbert una ayuda sustancial para discernir la expresión de su rostro.

Con objeto de romper el hielo que pudiese flotar en la superficie, Egbert formuló determinado comentario acer-

1. Título original: *The Reticence of Lady Anne*.

ca de una tenue luz religiosa². Él o Lady Anne solían hacer ese mismo comentario, entre las 4.30 y las 6, durante los atardeceres de invierno y finales de otoño; formaba parte de su vida conyugal. No había una contestación estipulada al respecto, y Lady Anne no ofreció ninguna.

Don Tarquinio yacía extendido sobre la alfombra persa, deleitándose al amor de la lumbre con suprema indiferencia por el posible malhumor de Lady Anne. Su pedigrí era tan intachablemente persa como la alfombra, y la golilla de su pelambre alcanzaba la gloria de un segundo invierno. El joven criado, que poseía tendencias renacentistas, lo había bautizado con el nombre de Don Tarquinio³. De ser por ellos, Egbert y Lady Anne lo ha-

2. Una tenue luz religiosa: en el original inglés, *a dim religious light*, expresión tomada de un verso de Milton perteneciente a su poema *Il Penseroso*:

*But let my due feet never fail
To walk the studious cloyster's pale,
And love the high embowèd roof,
With antick pillars massy proof,
And storied windows richly dight,
Casting a dim religious light.*

Que mis cumplidos pasos prosigan
hollando el ámbito del estudioso claustro,
y amando el alto techo arqueado
de sólidos y antiguos pilares
y ventanas ricamente historiadas,
que arrojan una tenue luz religiosa.

[Esta nota, como las siguientes, es del traductor.]

3. Don Tarquinio: Lucio Tarquinio el Soberbio (c. 534 a. C.-c. 509 a. C.), prototipo del déspota, fue el último rey de Roma.

brían llamado indefectiblemente Fluff⁴, pero no eran obstinados.

Egbert se sirvió un poco de té. Como el silencio no daba muestras de romperse a iniciativa de Lady Anne, él se armó de valor para otro esfuerzo yermáqueo⁵.

—El comentario que hice durante el almuerzo tenía una atribución puramente académica —anunció—; parece que te empeñas en añadirle, sin que haga falta, un sentido personal.

Lady Anne mantuvo su defensiva barrera de silencio. El pinzón llenó perezosamente el intervalo con un aria de *Iphigénie en Tauride*⁶. Egbert la reconoció enseguida, pues era la única aria que el pinzón sabía gorjear, y había acudido a ellos con esa reputación. Tanto Egbert como Lady Anne hubiesen preferido algo de *The Yeomen of the Guard*⁷, que era su ópera favorita. En cuestiones de arte, tenían gustos similares. Se inclinaban hacia lo honesto y explícito en el arte; un cuadro, por ejemplo, que contara su propia historia, con generosa ayuda del título. Un caballo de guerra sin jinete, con las guarniciones en obvio desbarajuste, que entra dando tumbos en un patio

4. Fluff: la voz *fluff*, en referencia a un gato, significa «pelo, pelusa».

5. Esfuerzo yermáqueo: en el original, *Yermak effort*. Yermak Timoféyevich fue un adalid cosaco del siglo XVI que dirigió la conquista rusa de Siberia durante el reinado de Iván el Terrible.

6. *Iphigénie en Tauride* (*Ifigenia en Táuride*): ópera en cuatro actos compuesta por Christoph Willibald Gluck sobre un libreto de Nicolas-François Guillard. Se representó por primera vez en París en 1779. El argumento se basa en una tragedia del griego Eurípides.

7. *The Yeomen of the Guard* (*Los soldados de la Guardia Real*): exitosa opereta, con música de A. Sullivan y libreto de W. S. Gilbert, que se estrenó en el Savoy Theatre de Londres en 1888.

lleno de mujeres pálidas y desmayadas, acompañado de la nota al margen «Malas noticias», evocaba en su entendimiento una precisa interpretación de catástrofe militar. Podían ver lo que se quería transmitir, y se lo explicaban a sus amigos de inteligencia más torpe.

El silencio continuaba. Por regla general, el descontento de Lady Anne se hacía articulado y marcadamente voluble tras cuatro minutos de introductorio mutismo. Egbert asió la jarra de leche y vertió un poco en el platillo de Don Tarquinio; como el platillo ya estaba lleno hasta los bordes, la consecuencia fue un rebosamiento desagradable. Don Tarquinio observó con sorprendido interés, el cual se esfumó dando paso a una elaborada insensibilidad cuando Egbert lo requirió para que acudiese a beber parte de la sustancia derramada. Don Tarquinio se encontraba listo para ejercer muchos papeles en la vida, pero el de aspiradora limpia-alfombras no era uno de ellos.

—¿No crees que estamos siendo un poco idiotas? —dijo Egbert jovialmente.

Si Lady Anne lo pensaba, no dijo que sí.

—Quizá el fallo, en parte, haya sido mío —prosiguió Egbert, y se disipó su tono jovial—. Después de todo, soy humano, ¿sabes? Pareces olvidar que soy humano.

Insistió en ese punto, como si existieran alusiones sin fundamento a que en su anatomía se apreciaban las líneas de un sátiro, con extremidades caprinas allí donde lo humano daba fin.

El pinzón retomó su aria de *Iphigénie en Tauride*. Egbert comenzó a sentirse deprimido. Lady Anne no bebía el té. Acaso estuviera indispuesta. Pero cuando Lady

Anne estaba indisputada no solía ser reticente. «Nadie sabe cuántos padecimientos me da la indigestión» era una de sus aseveraciones favoritas, pero que alguien no lo supiera sólo podía deberse a problemas de oído; la cantidad de información disponible al respecto habría proporcionado material suficiente para una monografía.

Evidentemente, Lady Anne no estaba indisputada.

Egbert ya creía que se obstinaban en tratarlo de modo injusto; por lo tanto, empezó a hacer concesiones.

—Quizá —observó ocupando sobre la alfombra del hogar una posición tan central como Don Tarquinio aceptó concederle— se me pueda echar toda la culpa. Me comprometo de buen grado, si de ese modo consigo restablecer las cosas en un punto más feliz, a llevar una vida mejor.

Se preguntaba vagamente cómo sería posible. Las tentaciones acudían a él, en la edad madura, provisionalmente y sin insistencia, como un postergado mozo de carnicería que pide el aguinaldo en febrero sin otra razón más esperanzadora que porque no se lo dieron en diciembre. Tenía el mismo propósito de sucumbir a ellas como el de adquirir los cubiertos de pescado o las estolas de piel que las damas se ven obligadas a sacrificar, a lo largo de los doce meses del año, por medio de las columnas de anuncios. Y aun así, había algo impresionante en esa no solicitada renuncia a enormidades quizá latentes.

Lady Anne no mostró signos de estar impresionada.

Egbert la observó con nerviosismo a través de sus anteojos. Llevarse la peor parte en una discusión con ella no era nada nuevo. Llevarse la peor parte en un monólogo era una novedad humillante.

–Iré a vestirme para la cena –anunció con una voz en la que procuró deslizar algunos tintes severos.

Al llegar junto a la puerta, un último acceso de flaqueza lo movió a realizar otra apelación.

–¿No estamos siendo muy bobos?

–So tonto –fue el comentario mental de Don Tarquinio mientras la puerta se cerraba en la retirada de Egbert. Acto seguido, alzó en el aire sus aterciopeladas zarpas delanteras y brincó suavemente al estante que se hallaba bajo la jaula del pinzón. Era la primera vez que parecía advertir la existencia del pájaro, pero en realidad estaba llevando a cabo un plan de acción tiempo atrás concebido, con la exactitud que otorga una deliberación madura. El pinzón, que se había creído algo así como un déspota, se atrincheró de golpe en un tercio de su habitual radio de desplazamiento; luego se entregó a un desamparado batir de alas y a un píar estridente. Había costado veintisiete chelines sin la jaula, pero Lady Anne no hizo ademán de interferir. Llevaba dos horas muerta.

Gabriel-Ernest¹

–Hay una bestia salvaje en tus bosques –dijo el artista Cunningham mientras lo acercaban a la estación.

Sólo hizo ese comentario durante el trayecto, pero como Van Cheele hablaba sin cesar, el silencio de su acompañante había pasado inadvertido.

–Uno o dos zorros extraviados y algunas comadrejas del lugar. Nada que inspire mayor temor –dijo Van Cheele.

El artista guardó silencio.

–¿A qué te referías con eso de bestia salvaje? –preguntó más tarde Van Cheele, cuando ya estaban en el andén.

–A nada. Imaginaciones mías. Ahí llega el tren –dijo Cunningham.

Van Cheele salió a dar esa misma tarde una de sus habituales caminatas por las tierras forestales de su propie-

1. Título original: *Gabriel-Ernest*.

dad. En el despacho tenía un avetoro disecado, y conocía los nombres de numerosas flores silvestres, así que a su tía no le faltaba tal vez algo de razón al describirlo como un gran naturalista. En cualquier caso, era un gran andarín. Solía tomar nota mentalmente de lo que veía durante sus paseos, no tanto con el fin de ayudar a la ciencia moderna como para tener luego temas de conversación que sacar. Cuando las campánulas empezaban a florecer, juzgaba indispensable informar a todo el mundo del hecho; quizá la estación del año había avisado ya a sus oyentes de la probabilidad de un suceso semejante, pero al menos éstos sentían que él se mostraba con ellos absolutamente franco.

Aquella tarde en concreto, lo que Van Cheele vio, no obstante, fue algo que excedía los límites acostumbrados de su experiencia. Sobre un reborde de piedra lisa que dominaba una profunda charca en la oquedad de un bosquecillo de robles, estaba tendido un muchacho de unos dieciséis años, secándose voluptuosamente sus miembros húmedos y morenos al sol. El pelo mojado, disperso tras una reciente zambullida, se le ajustaba a la cabeza; y sus ojos de color castaño claro, tan luminosos que casi albergaban el destello feroz de un tigre, se dirigían a Van Cheele con una suerte de pausada vigilancia. Fue una aparición imprevista, y Van Cheele tuvo que aplicarse a la desconocida tarea de pensar antes de hablar. ¿De dónde demonios procedía aquel muchacho de aspecto salvaje? La mujer del molinero había perdido un hijo hacía unos dos meses, supuestamente arrastrado por el caz del molino, pero era sólo un bebé, no un mozo bastante crecido.

–¿Qué haces ahí? –preguntó.

–Ya lo ve, tomando el sol –contestó el muchacho.

–¿Dónde vives?

–Aquí, en estos bosques.

–No puedes vivir en los bosques –dijo Van Cheele.

–Son bosques muy agradables –dijo el muchacho con un deje de condescendencia en la voz.

–Pero ¿dónde duermes de noche?

–No duermo por la noche; es cuando más ocupado estoy.

Van Cheele empezó a sentir la incómoda impresión de estar forcejeando con un problema que se le escabullía.

–¿Qué alimento tomas? –preguntó.

–Carne –dijo el muchacho, y pronunció esa palabra con lenta fruición, como si estuviera saboreándola.

–¡Carne! ¿Qué tipo de carne?

–Ya que le interesa, de conejos, aves de caza y corral, liebres, corderos si es temporada, niños cuando consigo alguno; por lo general, están bien guardados en sus casas de noche, cuando principalmente cazo. Hará ya dos meses que no pruebo carne de niño.

Van Cheele ignoró la chanza de esta última alusión y quiso atraer al muchacho hacia el tema de sus posibles actividades furtivas.

–Se diría que llevas bien puestos los pantalones² cuando aseguras alimentarte de liebres. –Vista la calidad del

2. Se diría que llevas bien puestos los pantalones: en el original inglés, *You're talking rather through your hat* (literalmente: «Hablas como a través del sombrero»). La frase hecha *talk through one's hat* significa «decir disparates» o «echar un farol».

atuendo que usaba aquel chico, el símil parecía inapropiado—. Las liebres de nuestras laderas no se cobran con facilidad.

—Por la noche, cazo a cuatro patas —fue la respuesta, un tanto críptica.

—Querrás decir, supongo, que cazas con ayuda de un perro —aventuró Van Cheele.

El muchacho se revolcó de espaldas lentamente y lanzó una misteriosa risita, a la vez placentera como un cloqueo y desabrida como un gruñido.

—No creo que ningún perro esté muy ansioso de mi compañía, sobre todo de noche.

Van Cheele empezó a sentir que decididamente había algo enigmático en ese joven de extraña mirada y extrañas palabras.

—No puedo permitir que te quedes en estos bosques —declaró con autoridad.

—Más le valdría, me figuro, tenerme aquí y no en su casa —dijo el muchacho.

La perspectiva de aquel animal salvaje y desnudo en la casa remilgadamente ordenada de Van Cheele era, sin lugar a dudas, una contingencia alarmante.

—Si no te marchas, me veré obligado a que lo hagas por la fuerza —dijo Van Cheele.

El muchacho se giró como una exhalación, se zambulló en la charca y en un momento ya había arrojado su húmedo y resplandeciente cuerpo a media distancia de la orilla opuesta adonde se encontraba Van Cheele. Si se hubiera tratado de una nutria, el movimiento no habría sido notable; tratándose de un chico, Van Cheele lo juzgó cuando menos sorprendente. Resbaló al dar un invo-

luntario paso atrás, y se halló casi prostrado en la ribera de crecidas hierbas con aquellos ojos de tigre amarillos a no mucha de distancia de los suyos. Casi de modo instintivo, levantó a medias una mano hacia el cuello. El muchacho volvió a reír, ahora con una risa en la que el gruñido estaba cerca de expulsar al cloqueo; y después, tras otro de sus movimientos fulgurantes y asombrosos, se sumergió fuera de la vista entre una maraña flexible de hierbajos y helechos.

—¡Qué animal salvaje tan extraordinario! —dijo Van Cheele recobrando el equilibrio. Y entonces se acordó de la observación de Cunningham: «Hay una bestia salvaje en tus bosques».

Mientras caminaba despacio de vuelta a casa, acudieron a su memoria algunos incidentes locales que podían atribuirse a la existencia de ese joven feroz y portentoso.

Algo iba esquilmando la caza en los bosques recientemente, en las granjas desaparecían aves de corral, las liebres escaseaban sin que se supiera el motivo, y había oído denunciar que se llevaban corderos del monte. ¿Era posible que el indómito chico cazara realmente en aquellos lugares acompañado de un sagaz perro furtivo? Según había afirmado, cazaba «a cuatro patas» por la noche, pero luego también insinuó de forma extraña que ningún perro se le acercaría gustoso, «sobre todo de noche». Era en verdad desconcertante. Y entonces, mientras Van Cheele repasaba mentalmente las diversas depredaciones cometidas durante el último o los últimos dos meses, alcanzó de pronto un punto muerto, tanto en su marcha como en sus cavilaciones. El niño del molino desaparecido hacía dos meses... Se dio por buena la con-

jetura de que había rodado hasta el caz del molino y la corriente lo arrastró; pero la madre siempre sostuvo que oyó un chillido proveniente del lado de la casa que miraba al monte, en dirección opuesta al agua. Era inconcebible, por supuesto, pero ojalá el muchacho no hubiera hecho aquella espantosa alusión a la carne de niño comida dos meses antes. Cosas tan horribles no deberían mencionarse ni siquiera de broma.

Van Cheele, en contra de su hábito regular, no quiso mostrarse comunicativo sobre su descubrimiento en el bosque. La posición que ostentaba, en tanto que concejal de la parroquia y juez de paz, de algún modo parecía amenazada por el hecho de cobijar en sus tierras a un individuo de tan dudosa reputación; cabía incluso la posibilidad de que le dejaran a la puerta una gruesa factura en concepto de daños por los corderos y gallinas sustraídos. Aquella noche, durante la cena, permaneció inusualmente silencioso.

—¿Qué le ha pasado a tu lengua? —dijo su tía—. Ni que hubieras visto al lobo.

Van Cheele, que no estaba familiarizado con el viejo dicho, juzgó necio el comentario de su tía; si *hubiera* visto un lobo en sus propiedades, su lengua se habría explotado sobre el asunto largo y tendido.

Al desayunar a la mañana siguiente, Van Cheele notó que su inquietud por el episodio del día anterior no había desaparecido del todo, y resolvió ir en tren hasta la ciudad episcopal vecina, buscar a Cunningham y sonsacarle qué era lo que en realidad había visto y originado aquel comentario suyo acerca de una bestia salvaje en los bosques. Una vez tomada esa determinación, recuperó en parte su

habitual buen humor, y se puso a tararear una alegre tonada mientras se dirigía sin prisas al saloncito matinal donde solía fumarse un cigarrillo. Cuando entró en la habitación, la tonada dio paso de modo abrupto a una invocación piadosa. Gentilmente arrellanado en la otomana, con ademán de casi exagerado reposo, estaba el muchacho de los bosques. Aunque se encontraba más seco que cuando Van Cheele lo había visto por última vez, por lo demás no se advertía ningún otro cambio en su atuendo.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —preguntó furiosamente Van Cheele.

—Usted dijo que no podía quedarme en los bosques —contestó el muchacho con tranquilidad.

—Pero no que vinieras aquí. ¡Si te viese mi tía!

Y a fin de minimizar semejante catástrofe, Van Cheele cubrió en un santiamén el máximo espacio posible de su inoportuno huésped con un *Morning Post* desdoblado. En ese instante, su tía entró en la habitación.

—Éste es un pobre muchacho que ha perdido el camino... y la memoria. No sabe quién es ni de dónde viene —explicó desesperadamente Van Cheele echando una recelosa mirada al rostro del huérfano, por ver si pensaba añadir un inoportuno candor a sus otras inclinaciones salvajes.

Miss Van Cheele manifestó un vivo interés.

—Quizá su ropa interior esté marcada —sugirió.

—Parece que la ha perdido casi toda también —dijo Van Cheele dando frenéticos cachetes al *Morning Post* para mantenerlo en su sitio.

Un niño desnudo y sin hogar atraía cálidamente a Miss Van Cheele, casi tanto como lo habrían hecho un gatito extraviado o un perrito abandonado.

—Hemos de hacer por él cuanto nos sea posible —dijo, y no mucho más tarde un mensajero enviado a la rectoría, donde albergaban a un mozo, ya había vuelto con un traje de criado y los indispensables complementos de camisa, zapatos, cuello, etc. Vestido, lavado y acicalado, el muchacho conservaba a ojos de Van Cheele todo su misterio perturbador, pero a su tía le pareció un encanto.

—Tendremos que llamarlo de alguna forma hasta que sepamos quién es realmente —dijo—. Gabriel-Ernest, me parece; son nombres lindos y adecuados.

Van Cheele asintió, aunque dudaba mucho de si se imponían a un niño lindo y adecuado. Sus recelos no se aplacaron por el hecho de que su sobrio y provecto *spaniel* hubiera huido en estampida de la casa nada más llegar el chico, y ahora permanecía obstinadamente junto al extremo más lejano del huerto temblando y gañendo; mientras que el canario, por lo general tan aplicado a las tareas vocales como el propio Van Cheele, se había impuesto una dieta de gorjeos desfavoridos. Más que nunca, Van Cheele resolvió consultar a Cunningham sin pérdida de tiempo.

Mientras él partía hacia la estación, su tía dispuso que Gabriel-Ernest la ayudara a recibir a los miembros infantiles de su clase en la escuela dominical, para tomar el té aquella tarde.

Cunningham, al comienzo, no quiso mostrarse comunicativo.

—Mi madre falleció de una enfermedad mental —explicó—, así que comprenderás por qué soy reacio a ahondar en cualquier cosa de naturaleza increíblemente fantástica que haya visto o creído ver.

–Pero ¿qué *fue* lo que viste? –insistió Van Cheele.

–Lo que me pareció ver fue algo tan extraordinario que ningún hombre cuerdo lo honraría dando credibilidad a que haya sucedido. La última noche que pasé contigo, estaba medio oculto entre los setos vivos que hay junto a la puerta del huerto, contemplando el agónico resplandor del crepúsculo. De pronto, advertí la presencia de un muchacho desnudo, a quien tomé por un bañista procedente de alguna charca vecina, que se recortaba en la pelada ladera mirando también el crepúsculo. Su postura evocaba de tal forma la de un antiguo fauno selvático de la mitología pagana que al punto quise contratarlo de modelo, y un instante después creo que lo debí de saludar. Pero justo entonces el sol acabó de hundirse, y los tonos anaranjados y rosas se deslizaron del paisaje dejándolo frío y gris. Y en aquel preciso momento ocurrió algo asombroso... ¡también desapareció el muchacho!

–¡Cómo! ¿Desapareció en la nada? –preguntó Van Cheele con excitación.

–No; ahí viene lo espantoso del asunto –respondió el artista–. Sobre la ladera abierta donde el muchacho se encontraba un segundo antes, había un gran lobo, de pelaje negruzco, con relucientes colmillos y ojos amarillos y crueles. Puedes pensar...

Pero Van Cheele no se detuvo a nada tan fútil como pensar, sino que ya se dirigía raudo y veloz hacia la estación. Desechó la idea de un telegrama. «Gabriel-Ernest es un hombre lobo» resultaba un esfuerzo desesperadamente insuficiente de transmitir la situación, y su tía hubiera creído que se trataría de un mensaje cifrado para el

cual él se olvidó de ofrecerle la clave. Su única esperanza era conseguir llegar a casa antes del anochecer. El coche que tomó, tras alcanzar su destino en tren, lo condujo con una especie de exasperante lentitud a través de caminos rurales, teñidos de rosa y malva por el rubor del sol poniente. Cuando llegó, su tía estaba recogiendo unas sobras de mermelada y tarta.

—¿Dónde está Gabriel-Ernest? —casi gritó.

—Ha acompañado al pequeño de los Toop a casa —dijo su tía—. Se estaba haciendo muy tarde, y pensé que no era seguro dejarlo volver solo. Qué anochecer tan bonito, ¿verdad?

Pero Van Cheele, aunque no había pasado por alto el resplandor en el cielo de occidente, no se quedó a discutir sus bellezas. A una velocidad que apenas podía permitirse, corrió por el estrecho sendero que llevaba hacia el hogar de los Toop. A un lado discurrían las aguas del caz del molino, en el otro se elevaba la extensa y pelada ladera. Un declinante borde de rojo sol aparecía aún en el horizonte, y la siguiente curva pondría al alcance de su vista a la incompatible pareja que perseguía. Entonces el color se alejó repentinamente de las cosas, y una luz gris se apoderó con breve escalofrío del paisaje. Van Cheele oyó un estridente grito de pánico, y dejó de correr.

Nada más se supo del niño de los Toop ni de Gabriel-Ernest, pero las ropas de este último se encontraron arrojadas en el camino, así que se conjeturó que el niño había caído a la corriente y el muchacho se desnudó y lanzó al agua en un vano intento por salvarlo. Van Cheele y algunos jornaleros que no estaban muy lejos en aquel instante testificaron haber oído chillar con fuerza a un

niño, más o menos hacia el lugar donde se encontraron las prendas. Mrs. Toop, que tenía otros once hijos, se resignó a su pérdida con decoro, pero Miss Van Cheele lloró sinceramente a su malogrado expósito. Por iniciativa suya, colocaron en la iglesia parroquial una placa de latón en recuerdo de «Gabriel-Ernest, muchacho desconocido, que valientemente sacrificó su vida por otro».

Van Cheele cedía en casi todas las cosas ante su tía, pero rechazó de plano contribuir a la inscripción conmemorativa de Gabriel-Ernest.